

La represión: una industria no tradicional, "For Export"

por Gregorio SELSER

GESTION DE VERNON WALTERS

A las pocas horas de que desde Bolivia se revelara que la Argentina había acordado al régimen de Luis García Meza, apenas instalado éste en el poder a consecuencia del cuartelazo del 17 de julio de 1980, un préstamo de 250 millones de dólares, un militar argentino que se desempeña en la significativa función de secretario general del ejército, anunció que el régimen de Buenos Aires había ofrecido asesoramiento militar a la junta dictatorial salvadoreña.

Se recordará que a modo de aplicación práctica de lo que dio en llamarse "doctrina Viola" (por la fórmula redactada por el Estado Mayor del Ejército argentino y leída por ese general en Bogotá, Colombia, durante una reunión de jefes de ejércitos latinoamericanos), la Casa Rosada respaldó con asesoramiento previo y posterior al cuartelazo juliano, a grupos castrenses bolivianos especializados en Inteligencia y Contrainsurgencia, para una efectiva ejecución del plan de derrocamiento de la presidenta Lidia Gueiler. Esa transnacionalización de la represión fundamentada sobre coincidencias político-ideológicas entre militares de nacionalidad distinta, reproducía apenas los mecanismos que ya estaban operando desde los años previos en el terreno de la represión policial: las policías de todo el Cono Sur venían realizando un "intercambio" de presos políticos al margen de los respectivos dispositivos judiciales y constitucionales, esto es, sin juicios en regla con participación de abogados y jueces, y con desprecio de fórmulas tradicionales supuestamente no derogadas, tales como las derivadas de los convenios bilaterales de extradición.

OXIGENO PARA EL ALTIPLANO

Fuera de la arrogante declaración del dictador Jorge R. Videla, reconociendo que su régimen había respaldado el Golpe de los Cocodólares (al que fue el primero en dar reconocimiento oficial), desde Buenos Aires y La Paz sólo se dejaron filtrar ocasionales revelaciones sobre ciertas ayudas económicas —donaciones de algunos miles de toneladas de trigo, créditos para adquirir más cereales y mercancías varias y renegociación del precio del gas boliviano—, hasta que en la semana pasada, al darse a conocer el buen éxito de Bolivia en su objetivo de refinanciar su cuantiosa deuda externa, dos agencias noticiosas informaron por vez primera que Argentina había acordado a Bolivia en julio de 1980 —a continuación del triunfo golpista— un generoso préstamo de 250 millones de dólares.

Si algo facilitó la permanencia de la Droga Junta en el poder, no fueron los asesores en represión, ni las donaciones de trigo, ni los créditos atados, frente a una comunidad de naciones que con Estados Unidos a la cabeza le negaron su reconocimiento y de hecho establecieron un bloqueo económico no declarado. Dada la magnitud de la economía boliviana, fueron esos 250 millones los que permitieron, entre otras cosas, el mantenimiento del aparato administrativo del Estado, la urgente adquisición de armas y equipos militares y, lo más importante, duplicar los sueldos y canonjías del estamento militar, que acaba de verse beneficiado con un nuevo aumento de sus haberes, el segundo en menos de un año de dictadura. Argentina oxigenó así las alicaídas arcas del Altiplano y demostró en la práctica que la "doctrina Viola" no es un programa coyuntural, improvisado o de mecanismos sugeridos por prisas o urgencias, sino una creación meditada, nacional en términos castrenses y por lo tanto servida por la ciencia de las armas.

ESTILO DE VIDA

En la última etapa del somocismo, no faltaron versiones sobre provisión de armas y equipos bélicos argentinos a la dinastía sangrienta. La Junta de Reconstrucción Nacional no hizo, con posterioridad al triunfo sandinista, mención alguna de tales suministros y sí en cambio agradeció públicamente la donación que Buenos Aires hizo a Managua, de varios millares de toneladas de trigo, un gesto amistoso que volvió a repetirse en enero pasado.

Ocasionalmente la oposición en El Salvador, Honduras y Guatemala, repitió con insistencia denuncias sobre la presencia de asesores militares y policiales argentinos en cada uno de esos países. Pero sólo ahora, con el anuncio formulado por el general de división Alfredo Saint Jean, se dispone de un elemento de juicio oficial que confirma que la llamada "doctrina Viola" no es un espantajo. Sugestivamente, dos días antes, otro militar argentino, el brigadier Carlos Pastor, ministro de Relaciones Exteriores, en su discurso de despedida del cargo que dejará el domingo próximo, informó que debía brindarse "un sostén sin reservas intenciones a los países de América Central", con los que —dijo— "hemos iniciado una política de acercamiento y de afianzamiento de la presencia argentina".(1)

El general Saint Jean afirmó el 18 de marzo ante los corresponsales militares y periodistas acreditados ante el Comando en Jefe del Ejército, que "a todos los países amigos, que coinciden con nuestro estilo de vida, estamos dispuestos a ofrecerles nuestra colaboración", en su enfrentamiento con la "subversión". Agregó el militar.

"La participación práctica de la Argentina en el conflicto de El Salvador, sólo sería a requerimiento expreso de ese país. Hemos ofrecido nuestro asesoramiento en esa lucha, que también sufrimos en otra oportunidad. El ejército argentino participa de la política actual de Estados Unidos de América frente al problema de El Salvador, que sufre la agresión marxista como ocurrió aquí".(2)

Al término de su exposición, Saint Jean exaltó los esfuerzos que realiza el régimen salvadoreño para vencer esa "agresión marxista", y externó su confianza en que "las autoridades del país centroamericano consigan el triunfo tal como nosotros lo logramos".

Para el matutino Clarín, estas declaraciones de Saint Jean "constituyen la primera manifestación pública concreta alusiva al conflicto salvadoreño, luego de la misión que en la última semana de febrero realizó en Buenos Aires el general Vernon Walters, enviado especial del gobierno norteamericano". En la versión de ese periódico, Walters desmintió que su gira por varios países latinoamericanos hubiese sido un fracaso, postura que poco después fue rebatida por un cable de la agencia oficial noticiosa argentina, Télam, fechado en Washington, que afirmó que "la Argentina, Venezuela, México y Brasil (no se incluía al otro país visitado, Chile), manifestaron su terminante oposición a enviar efectivos militares a El Salvador".

De acuerdo con la misma fuente, Walters era portador de la propuesta de realizar una intervención colectiva armada en El Salvador, bajo el nombre ya remanido de Fuerza Interamericana de Paz (FIP), al estilo de la que cumplieron en la República Dominicana en 1965 tropas de algunos ejércitos latinoamericanos, a los que el presidente Lyndon B. Johnson apeló, vista la tormenta política que se desató en Estados Unidos y en todo el mundo inmediatamente después que él hizo desembarcar en Santo Domingo a más de 40 mil soldados norteamericanos.

Gobernaba entonces en la Argentina un presidente civil, el doctor Arturo U. Illia, ante quien el entonces comandante en jefe del Ejército, teniente general Juan Carlos Onganía, le transmitió el pedido del Pentágono: la "buena voluntad" de las fuerzas armadas argentinas en esa emergencia, sería tenida en cuenta en Estados Unidos en la eventualidad de próximos pedidos de ayuda militar. Illia, con el temperamento apacible que le caracterizaba, pidió a Onganía que le dejara "para estudiarlo", el dossier con los antecedentes del caso y simplemente procedió a guardarlo en su gaveta, en la que todavía estaba un año más tarde, cuando los militares procedieron —junio de 1966 y cuartelazo mediante— a desalojarle de la presidencia. Entre los argumentos no declarados de aquel golpe, estuvo presente la negativa de Illia a consentir que las fuerzas armadas actuaran de capangas por procuración estadounidense, ocupando militarmente una nación hermana.

LOS VIEJOS Y AÑORADOS TIEMPOS

Onganía había querido simplemente ser fiel al equivalente de aquella época de la "doctrina Viola": la de las "fronteras ideológicas", que su Estado Mayor le preparó para que él la leyera en la Academia de West Point, en 1964.

Como el presidente constitucional Illia se negó a hacer de lacayo de Johnson, la encomienda pasó a manos del dictador militar brasileño Humberto Castelo Branco, quien en marzo de 1964 había derrocado a otro mandatario constitucional y civil, Joao Goulart. Tropas brasileñas fueron el grueso del contingente de aquella efímera FIP, que sin embargo, cumplió el vergonzoso papel de preparar el ascenso de un títere de las corporaciones transnacionales estadounidenses, Joaquín Balaguer, quien no obstante haber sido con antelación presidente de opereta de Rafael L. Trujillo, luego de la ocupación de la FIP se dio el gusto de ser "elegido" —naturalmente con escandalosos fraudes y previa masacre de varios miles de "constitucionalistas" que pelearon contra la intervención norteamericana en 1965— en 3 periodos consecutivos.

Aunque todavía no está claro si las gestiones de Walters se orientaron hacia el objetivo que se le asigna, resultaría sorprendente que luego del estuendoso fracaso que la idea de reflujo de la FIP registró en la memorable sesión que la OEA realizó el 23 de junio de 1979 en Washington, el Departamento de Estado y el Pentágono insistan en insuflarle nueva y ominosa vida.

La oferta dada a conocer por el general Saint Jean sugiere que, al menos en esta coyuntura, los modernos cruzados del "estilo de vida" al que por inexplicables razones dan en llamar "occidental y cristiano", consideran que sería suficiente el aporte de sus expertos asesores en lucha contra la "subversión". Esta vez, a diferencia de 1965, los militares argentinos no obrarían teóricamente a pedido de un presidente de Estados Unidos o de los jefes del Pentágono, como lo pretendieron en tiempos de Illia, sino por "requerimiento expreso" de las autoridades —notoriamente espurias— de El Salvador.

Sin desmerecer las calidades y eficacia de que dieron muestra en esa que siguen denominando "guerra sucia", dudamos de que los esforzados militares del Plata tengan que enseñar nada nuevo a sus cofrades de las fuerzas armadas y de seguridad salvadoreñas, que en menos de un año asesinaron y/o "desaparecieron" a 13 mil personas, e hicieron salir del país, como exiliados voluntarios o forzados, a otro medio millón.

No debe despreciarse, empero, esa muestra de sacrificada generosidad que ya no se contenta con la latitud del Altiplano boliviano, sino que se oferta para la región centroamericana y caribeña. Durante la Crisis de los Cohetes —octubre de 1962— Argentina "ayudó" a los Estados Unidos en el bloqueo a Cuba con unidades de su Armada y de la Fuerza Aérea. El antecedente va existe, y hoy, como en 1962, no hay un presidente elegido por su pueblo y ante el cual deba responder por sus excesos y bravocunadas.

1 "Pastor": la negativa al embargo cerealero fue ejemplificadora", crónica de Clarín, Buenos Aires, 18 de marzo de 1981, p. 7.

2 "Argentina está dispuesta a enviar a El Salvador asesores militares", crónica de Clarín, Buenos Aires, 19 de marzo de 1981, pp. 6-7.